Elogio Sentimental de los Archivos Históricos

Carlos López Rodríguez
Ex-Director de l'Arxiu del Regne de València

A lo largo de 1998, he tenido la oportunidad de presentar varias publicaciones. En estas ocasiones, he leído unos breves discursos que en su día fueron celebrados con aprecio inmerecido por algunos amigos. Convencido por ellos, los doy hoy a la imprenta, por si tuvieran algún interés , sobre todo ahora que las relaciones entre la Historia y los archivos son objeto de discusión. Salen tal como fueron redactados, con pequeñas adaptaciones y correcciones menores de estilo. Espero que el lector sea indulgente con mi osadía al aprovechar materiales destinados inicialmente a un público muy diferente al de esta revista. Pero en su conjunto guardan una cierta unidad, pues tienen en común la preocupación por ofrecer una visión diferente de los archivos y del trabajo que en ellos se realiza. Una visión ni mejor ni peor de la que estamos acostumbrados en nuestra profesión, pero que se basa en la feliz aseveración de cierto amigo de que los archivos históricos son también archivos con historia. Son opiniones que, como todas, se formulan para ser debatidas, pero que viven por sí mismas, sin necesidad de que nadie les manifieste su aprobación o rechazo.

1

El 24-3-1998 apareció un artículo en EL PAIS firmado por Antonio Hernando, físico y director del Instituto de Magnetismo Aplicado. En pocos lugares y, desde luego, pocas veces en un medio de comunicación tan masivo y prestigioso habrá quedado constancia del escaso crédito que algunos conceden a la Historia. El autor la considera como el paradigma de disciplina susceptible de utilizarse con intereses localistas y políticos, lo que a sus ojos basta para sospechar acerca de la oportunidad de su enseñanza en la escuela primaria. Apenas un mero adorno cultural, causa inmediata de los excesos derivados de una formación localista y de un nacionalismo exagerado que tantas desgracias acarrea, convendría, en su opinión, aplazar la enseñanza de la Historia, en atención a la cautela y delicadeza con la que debe ser tratada en la escuela primaria, para que su pernicioso influjo sobre los jóvenes no los amenace con embrutecerlos y encerrarlos para

siempre en estrechos horizontes. Por el contrario, si se quiere un aprendizaje crítico para el niño, los datos iniciales de su memoria, aquellos sobre los cuales ha de descansar todo el conocimiento posterior, deberían ser objetivos y cuantitativos, requisitos que no cumplen las historias nacionales, tantas veces entremezcladas con lo mítico. El aprendizaje de las ciencias experimentales (ejercitar la memoria con datos verificables como la distancia de la Tierra al Sol, el diámetro de nuestro planeta, lo despreciable que resulta en tiempo el período histórico respecto a la edad del universo, la importancia de la función clorofílica, y otras disciplinas, como el inglés, el solfeo o las matemáticas) son no sólo algo importante, útil y gratificante, dice Antonio Hernando, sino que, compartidas por igual por todos los niños del planeta, fomentan la comunicación, la solidaridad y la tolerancia, valores contrapuestos a los inculcados por la enseñanza de la Historia.

Corren malos tiempos para Clío: expulsada de la escuela, donde sólo da problemas a tirios y troyanos; degradada en su sustancia científica, en su capacidad crítica; restringido su conocimiento únicamente a los adultos acompañados, y eso con reservas, a causa de los peligros que su contacto entraña, como si fuera una enfermedad infecciosa, o como si se tratara del mismísimo Árbol de la Ciencia del Bien y del Mal cuyo fruto prohibido, si lo probamos, nos arrastrará fuera del Paraíso terrenal. El artículo al que me refiero no carece, sin embargo, de humor. Sólo me pregunto qué oscuro trauma infantil tuvo su autor a propósito de la Historia. Es bien sabido que un maestro puede provocar en un alma joven la atracción o la aversión a una disciplina. Confieso que mi torpeza a la hora de estudiar otros idiomas está en relación directa al número de coscorrones y vejaciones humillantes inferidas impunemente a un grupo de atemorizados muchachos por mi antiguo profesor de francés (que en paz descanse), un violento *pied-noir*, ex-legionario militante de la OAS refugiado en España, cuyas manos, manchadas de sangre, las veo aún hoy alzarse (inmensas, arbitrarias, amenazantes y peludas) hacia mis infantiles e inermes orejas.

Acaso el futuro nos expulse de la República a los historiadores, como quería Platón con los poetas. De nuestras miserias actuales (esa crisis de las Humanidades, de la que somos banderín de enganche), no es la menor ser rechazados entre los científicos por fabuladores y de entre los literatos por nuestro apego a la cruda realidad. Pues bien, aunque la historia fuera pura fabulación, ni aún en ese caso se me ocurre que sus perjuicios puedan ser mayores que el efecto que nos producen las vidas inventadas por la Literatura. Si algunos nos decidimos en nuestra adolescencia a bucear en el pasado fue por el convencimiento de que la vida real, individual o colectiva, de los hombres contiene mejor poesía, más pura, más intensa, que la ficción.

Pero no es éste el lugar para realizar reflexiones baratas sobre Literatura. Porque lo que acaso ignora nuestro articulista es que la Historia con mayúscula, no son historias, ni cuentos soñados al amor de la lumbre. Desconoce, sin duda, que un relato histórico fidedigno se construye sólo sobre los datos empíricos y contrastables proporcionados por los testimonios del pasado, no fabricados por la imaginación febril de los historiadores en la soledad de sus gabinetes. Es ahí donde los archivos, verdaderos laboratorios de la Historia, aportan su grano de arena a la reconstrucción (y comprensión) científica del pasado, abasteciendo de esos datos verificables, objetivos, y aun cuantitativos, por utilizar las palabras del articulista de mis entretelas. Y además, además, pletóricos de la poesía de la vida contenida en la epopeya de nuestros antepasados.

En la larga trayectoria de una institución seis veces centenaria como es el Arxiu del Regne de València (ARV) resulta difícil resaltar fechas memorables. Lo fue sin duda el 13 de septiembre de 1419, cuando se promulgó el acto de Cortes que fundaba el Archivo del Real. Pero también el día 26 de enero de 1938 cuando, en el curso de nuestra contienda más incivil, hacia las 2 de la tarde aproximadamente, cayó una bomba lanzada por la aviación que dio junto a la puerta del que fue Asilo Municipal, en la parte interior del patio del edificio en el que se encontraba entonces el ARV, sin que ocasionase desgracias personales y sin que la documentación sufriese daños, aunque sí hubo desperfectos materiales de consideración. La casualidad (ese azar inescrutable que gobierna la vida) quiso que la bomba no impactase unos metros más allá, en las salas donde se protegían con mimo los tesoros más preciados de nuestra Historia. Y antes tampoco debe olvidarse un aciago día de 1810, cuando otra bomba, esta vez francesa, penetró en la Casa-Profesa de los Jesuitas, a donde se había trasladado con premura el Archivo del Real, reventando sobre los

documentos, causando grandes estragos y provocando un incendio que amenazó todo el archivo y que se sofocó a duras penas. Menciono estas fechas (entre otras que pudieran traerse a colación), para recordar cuán frágil es la conservación de los testimonios de nuestro pasado, cuánto de milagroso hay en su misteriosa salvaguarda hasta nuestros días, en lo precario de su supervivencia contra viento y marea, contra el viento de la violencia de la guerra y contra la marea del olvido. Y me tomaré la licencia de añadir que ello no ha sido posible sólo por la ayuda de la Divina Providencia (cuya intervención acaso no haya que menospreciar), sino por la labor callada (y aun diré abnegada, a pesar de las anécdotas que cualquier aficionado a los archivos suele contar) de sus archiveros.

Esto es, en definitiva, el ARV: seis siglos de Historia en sus documentos, custodiados en sus silenciosos y calmosos anaqueles, un reposo para la vista y para el espíritu. Porque el material acumulado a lo largo de seis centurias no se puede improvisar de un día para otro. No habría presupuesto público ni bibliófilo multimillonario, exótico o extravagante capaz de adquirir el conjunto espléndido de sus 15 kilómetros de estanterías rebosantes de vidas, perdón, quiero decir de documentos, sucediéndose ininterrumpidamente desde el siglo XIII hasta hoy. Pero, además, el poso del tiempo los ha metamorfoseado para hacer de ellos algo más que meros objetos, más, mucho más, que un anodino almacén u oficina.

Los españoles en general, y los valencianos en particular, tenemos mala suerte. Lo digo porque la abundancia de testimonios del pasado nos obliga a detraer unos recursos preciosos del presente para destinarlos a la conservación de papeles viejos, de pergaminos amarillentos que a nadie interesan, salvo a unos pocos eruditos ociosos. A los ojos de algunos (como el autor del artículo al que nos hemos referido, pero no sólo), constituyen una pesada carga y un lastre para el futuro, porque no hacen más que alborotar el corral con sus estudios históricos, localistas, insignificantes y subjetivos. Y, encima, a costa del erario público, gastando los dineros trabajosamente recaudados por la Hacienda, dilapidados en sostener una pasión inútil como son, en resumen, los archivos históricos.

Pero acaso lo menos propiamente humano sean los números y la supuesta objetividad de las ciencias experimentales, de la técnica, la industria o de la lógica matemática. Con Rosa Luxemburgo, reclamemos nuestro derecho a equivocarnos, a errar el camino por nuestro propio pie. Yo les confieso mi aversión (infundada, como todas las manías) a las palabras de esa nueva jerga de la burocracia cultural, voces como "Patrimonio documental" o "memoria histórica", entre otras muchas, porque desplazan a vocablos de mayor prosapia, más sonoros y evocadores, como "Historia" o "Fuentes para la Historia". Beber en las fuentes es un símbolo de pureza de espíritu y altura de miras muy arraigado en nuestra cultura. Claro que antes las fuentes surtían de aguas claras y cristalinas, y hoy apenas son inmundos albañales. Pero conservemos esta imagen en nuestra retina. A mi modo de ver, el hombre es ese afán de curiosidad nunca satisfecha, de aspiración al conocimiento, que le ha llevado a construir el maravilloso mundo de los números, quizá, en su armonía perfecta, el menos real de los mundos posibles, o el menos posible de los mundos reales. Pero el ser humano es también una pasión sin freno, un impulso poético y dionisíaco. De otro modo, la vida, al menos para mí, se haría insoportable. Aunque tuviera razón nuestro articulista, aunque la Historia fuera pura fábula, invención sin fundamento, peligrosa alucinación de locos, no por eso sería menos necesaria. Sin amor a nuestra historia, es decir, sin amor a nosotros mismos y a nuestros semejantes no hay aspiración duradera a mejorar y transformar el presente. Pero, en verdad, no se ama más que aquello que se conoce. Estudiar con rigor científico el pasado no es sino un acto de amor al país y a sus gentes. Vivan y beban los historiadores, pues, y háganlo hasta embriagarse y quedar ahítos, en esas inagotables, límpidas y siempre frescas fuentes para la Historia que son nuestros archivos.

2

Durante años, mi casa, la que durante tantos días y trabajos me ha acogido, estuvo en el ARV. Yo podría contar cómo llegué hace ya algún tiempo, apesadumbrado por alejarme de mi ciudad y de mi gente; cómo fui a parar allí por amor a una mujer, y cómo me quedé durante doce años por amor a una tierra y a una institución cultural. Podría relatar cómo, al igual que Moratín cuando

pasó por Valencia, me encontré una ciudad moruna situada en medio de un jardín, habitada por gente devota, alegre y afable; cómo me vi viviendo en un pueblo y en un archivo donde podía pasar mis días sin soñar en Corte ni empleos, deseando únicamente que me dejasen en aquel rincón, sin que nadie se acordase de mí, refugiado en un puerto seguro donde desarmar la nave y colgar el timón. Podría escribir, con pudor, eso sí, acerca de mi educación sentimental, de las ilusiones de juventud desgranadas entre los anaqueles del ARV. También de mis desengaños, de esa lenta pero inexorable melancolía del trabajo no recompensado a la que se refirió Ortega. No me extraña que haya quien crea en fantasmas y duendes, porque al marchar del ARV parte de mi vida ha quedado retenida irremisiblemente para siempre jamás en sus depósitos y salas. Si vuelvo, me reencontraré con un tiempo no perdido, sino intensamente vivido y sentido, aunque para mí ya pasado y lejano.

Mientras estuve allí, me preguntaba, como lo hizo hace más de 130 años Miguel Velasco y Santos, primer jefe del Archivo perteneciente al mismo cuerpo de la Administración que yo (y quizá el primero en adentrarse en la selva del ARV con un criterio científico, sistemático y moderno), qué oscura maldición persigue a ese Archivo para que la atención que merezca no se corresponda con la riqueza de sus fondos.

Pero qué más da. A medida que pasan los años en este oficio con poco beneficio me resultan más indiferentes y vanas las explicaciones utilitaristas a la existencia de los archivos históricos. Para qué nos sirve el abuelo en casa si no da más que problemas. Ignoro si la conservación de los papeles viejos o de los pergaminos amarillentos, interesa para justificar esas grandes palabras con las que los humanos nos complicamos la vida: patria, identidad, orígenes. Desconozco si un archivo histórico puede servir para saber quiénes somos o quiénes seremos en el futuro. A mi me interesan por sí mismos: para saber lo que fuimos. Para saber simplemente que fuimos, que nuestra milagrosa y frágil existencia diaria no es fruto de un mal o buen sueño. Para saber que esta imparable carrera hacia la muerte y el olvido ha sucedido también a otros que nos precedieron en nuestras miserias y grandezas, ambiciones y pasiones, éxitos y fracasos. Y siendo así, lo demás me resulta más bien superfluo. No digo innecesario, sino al menos no imprescindible.

Yo tuve la inmensa fortuna de comenzar mi carrera en la escuela de humildad, de servicio público, de entrega generosa y respeto a la inteligencia que me mostró Amparo Pérez, quien me precedió en la Dirección del ARV. Lo único que no le perdonaré (y de eso, ni ella ni yo tenemos la culpa) es haberse jubilado demasiado pronto para mí, traspasándome tan prematuramente una responsabilidad para la que no estaba preparado. Gracias a Amparo Pérez, pude tener noticia cierta de la labor de mis antecesores, del esfuerzo acumulado, lento, secular, a simple vista inapreciable, que destila cada rincón del ARV (pero no sólo allí), y que le ha permitido sobrevivir frente al común desinterés de las autoridades y del público. Al convivir con Amparo, pude acceder a un mundo que ha desaparecido ya y que los más jóvenes no conocerán.

En parte, esa es la causa de que yo pertenezca moralmente a una generación anterior a la mía a la hora de entender y afrontar un archivo. El trabajo en instituciones culturales centenarias, de un equilibrio interno siempre precario y delicadísimo, como el ARV, obliga a tratar con tolerancia y consideración la labor de quienes nos han precedido. Pero mal puede respetar la tradición quien no la ha vivido. Hoy se duda ya no sólo del valor de esa tradición, sino de su propia existencia. ¿Por qué será que una generación deba afirmarse necesariamente sobre la negación de la anterior? Hay mucho de Edipo en este proceder. Pero desde los tiempos de la mitología clásica sabemos que los dioses ciegan a quienes quieren perder. Mucho mejor que mis torpes palabras lo supo captar José Saramago con su pluma preciosista y precisa, porque mediante una feliz y acaso nada extraña coincidencia, la ficción describe certeramente la realidad que yo he vivido (y que tan gratificante me ha sido) en el ARV. En su hermosa novela, *Todos los nombres*, el conservador-jefe de los archivos del Registro Civil donde trabaja el modesto escribiente don José, tras advertir el comportamiento extraño del protagonista, reúne un día a los empleados y les dirige estas palabras:

"Señores, en mi condición de jefe de esta Conservaduría General del Registro Civil, heredero último de un linaje de conservadores cuya actividad fue históricamente iniciada con el depósito del más vetusto de los documentos custodiados en nuestros archivos, haciendo también uso

legítimo de las competencias que me fueron consignadas y siguiendo el ejemplo de mis predecesores, he cumplido y he hecho cumplir con el mayor de los escrúpulos las leyes escritas que regulan el funcionamiento de los servicios, sin ignorar la tradición, antes al contrario teniéndola invariablemente presente en cada momento. Soy consciente de la mudanza de los tiempos, de la necesidad de una continua actualización de medios y maneras en la vida social, pero comprendo, como siempre tuvieron a bien entender quienes antes de mí ejercieron el gobierno de esta Conservaduría, que la preservación del espíritu, de un espíritu que llamaré de continuidad y de identidad orgánica, debe prevalecer sobre cualquier otra consideración posible, so pena, si así no nos condujéramos, de asistir al derrumbamiento del edificio moral que, en cuanto que primeros y postreros depositarios de la vida y de la muerte, seguimos representando aquí. No dejará de haber quien proteste por no encontrarse en esta Conservaduría General ni una sola máquina de escribir, para no hablar de la ausencia de cualesquiera otros aparatos más modernos, porque los armarios y las estanterías sigan siendo de madera natural, porque los funcionarios hayan de mojar sus plumas en tinteros y usar el papel secante, habrá quien nos considere ridículamente detenidos en la historia, quien reclame de la autoridad la rápida incorporación de tecnologías avanzadas en nuestros servicios, mas si es verdad que las leyes y los reglamentos son susceptibles de ser alterados y sustituidos en cada momento, no puede suceder del mismo modo con la tradición, que es, como tal, tanto en su conjunto como en su esencia, inmutable. Nadie podrá regresar al pasado para hacer mudanza de una tradición que nació en el tiempo y que por el tiempo fue alimentada y sostenida. Nadie podrá decirnos que cuanto existe no ha existido, nadie osará desear, como si de un niño se tratase, que lo que ha acontecido no hubiera acontecido. Y si lo hicieran, estarían dilapidando su propio tiempo. Éstos son los fundamentos de nuestra razón y de nuestra fuerza, éste es el muro tras el cual nos ha sido posible defender, hasta el día de hoy, ora nuestra identidad, ora nuestra autonomía".

Y esto me lleva a una nueva reflexión. Empiezo ya a tener una edad en la que me puedo permitir cultivar con mimo mis manías, sin tener que dar cuenta de ellas. Jamás compartí el afán por el coleccionismo, aunque admiro a quien es capaz de esa constancia. Abúlico como soy, yo carezco de ella. La única colección de cromos que empecé de niño (mejor dicho: que me empezaron) tuvo que acabarla mi padre entre imprecaciones y ante mi mirada indiferente. Frente al coleccionista, que se conforma con recortar pedazos de la vida material o espiritual, pero que no la entiende en su unidad última, en su globalidad, yo prefiero la aspiración inasible e imposible a la totalidad. Acaso por este motivo mi vocación se haya decantado finalmente por el mundo de los archivos. Porque en ellos se contiene tal cual es el caos de la vida humana en su conjunto, social e individual; la mezcla desordenada, contradictoria, entrecruzada y confusa de existencias varias y heterogéneas, la de ricos y pobres, la de poderosos y humildes, la de los grandes hombres y la de los pobres diablos que se han sucedido generación tras generación, la de imperios que se fundan y se destruyen, la de instituciones que se crean y cuyo recuerdo borra el tiempo, la de las miserias humanas y los sentimientos sublimes. Porque al hundirnos en los archivos buscando la evidencia y el dato positivo para reconstruir vidas ya vividas, o más bien imaginadas, al hacerlas nuestras rememorando las de otros creyendo que somos fieles a una realidad que no hemos conocido, viajamos por los pechos pero también por la "negra espalda del tiempo", según la certera expresión de Javier Marías en su última y turbadora novela. Y viajamos por el filo del tiempo como por el de una navaja, sin excesiva certeza de que haya ocurrido realmente lo que imaginamos y como lo imaginamos, o si inventamos lo que ha acaecido, o incluso porque, conocedores o ignorantes de nuestras propias mentiras, nos imaginamos lo que no ha sucedido en un tiempo que no sabemos si ha existido. Pero en esa rememoración y reinvención perpetua de las vidas ajenas que es la Historia, los vivos quedamos unidos indisolublemente a los muertos, a todos los muertos, mezclados unos y otros en el oscuro fluir del tiempo.

Discúlpenme este alegato sentimental a favor de nuestros archivos. Pero quizá en los últimos tiempos, con el afán de dotar de un falso rigor "tecnologista" a nuestro trabajo, hemos perdido una visión humanista de los archivos históricos. Acudiré de nuevo a parafrasear al perspicaz Moratín, cuando se burlaba de los imitadores del Petrarca porque creyeron que bastaba para

sobresalir en el género de la poesía amorosa la erudición y el estudio, y se olvidaron de que nadie pinta bien la pasión de amor si no está muy enamorado. Es preciso haber vivido intensamente en un archivo histórico con una larga tradición para poder trascender la realidad más roma y vulgar del almacén de papeles. Y, como la pasión amorosa, el que no la sienta que no trate de fingirla, porque será enfadoso y ridículo, por utilizar las palabras de Moratín. Como enfadosa, ridícula y preocupante es la amenaza que una modernidad mal entendida cierne, en todas sus vertientes, sobre instituciones culturales centenarias. Nuestro país ha tirado por la borda la pesada carga de tradiciones que acogotaban su desarrollo material e intelectual. En esta catarsis colectiva, sería sin embargo una temeridad perder algunas que constituyen lo mejor de la herencia cultural de nuestros antepasados más recientes. Con el alborozo que infunde siempre el cambio de mobiliario, no podemos quemar en la misma pira -y algo sabemos de esto en Valencia-, confundidos con los caducos enseres del pasado, algunos buenos recuerdos olvidados en un cajón del escritorio viejo.

3

Establecimientos como el ARV, o el Archivo de la Corona de Aragón (ACA) y tantos otros, tienen tras de sí siglos de funcionamiento ininterrumpido, de acumular memoriales, catálogos y estudios. Hace falta mucho conocimiento y mucha prudencia para navegar con timón seguro por el océano inmenso de su documentación y de su bibliografía. Ningún gran archivo es materia fácil. Desde luego, no son territorios vírgenes, no son una *terra incognita*. En el curso de las polémicas que durante la segunda mitad del siglo pasado se sostuvieron en España (y en las páginas ilustradas de la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*), un destacado archivero de la época, don José Güemes, propuso que los archivos generales tuvieran escrita a la puerta de acceso, en gruesos caracteres, esta máxima: *Nosce me quia sum qui sum*, para que quien entrara en ellos adquiriera conciencia del respeto y tacto con el que debían ser tratados, pues, decía, "son como el espejo en que se retratan al vivo las evoluciones sociales". Porque son, por qué no reconocerlo, producto de decisiones contradictorias y paradójicas, tanto como lo han sido las épocas y los hombres que tomaron estas decisiones. Los grandes archivos no son fruto de una mente lógica, de un acto único y perfecto, sino el resultado de muchas contradicciones históricas acumuladas, de muchas voluntades contrapuestas, de un pasado, a la fuerza o de grado, común.

Pero ésta es una contradicción inherente a todos los archivos históricos, porque contienen, entre los muros del presente, un pedazo vivo del pasado, de un mundo antiguo y desaparecido que los archiveros e historiadores nos encargamos día tras día de resucitar. Vivimos en una época que está acostumbrada a tener una solución, aunque sea falsa, para todos los problemas. A ser posible, una respuesta científica o técnica, cuando no meramente tecnológica, que es la nueva religión. No se trata de denostar las innovaciones. Pero lo propio del ser humano es vivir aherrojado en un mundo de problemas sin solución. Como la muerte misma, como el paso del tiempo, o como la confrontación entre el pasado y el presente. Eso son los archivos: un problema sin solución. Problemas heredados, para bien o para mal. Naturalmente, se puede mejorar el servicio público, reformar la organización de los fondos, profundizar el nivel de descripción, agilizar los trámites, facilitar la consulta. Pero nada resuelve la contradicción básica en la que se desenvuelven los archivos: el hecho de que muchos de ellos son anteriores a la lógica cartesiana, a la Revolución Francesa y a la comprensión moderna del mundo; el hecho de que son el resultado de fenómenos sociales de por sí complejos y, sólo por ser hijos de actos humanos, contradictorios e imperfectos.

Por eso, con mayor convicción a medida que pasan los años, la supervivencia secular de los archivos (no tanto su creación) se me aparece como fruto del esfuerzo de los archiveros, es decir, de la tenacidad de unos enamorados del pasado, más que como el resultado de grandes decisiones políticas, por lo general inaplicadas o mal aplicadas, cuando se han tomado. Será bueno recordar que un archivo centenario es un observatorio privilegiado para contemplar los estratos de lo que llamaré las retóricas del poder (político, económico, social, cultural) sucediéndose a lo largo de los siglos. Desde nuestra propia retórica, tildada de científica, pretendemos con frecuencia reconstruir a nuestro gusto el pasado, como si fuéramos niños, para decirlo con las hermosas

palabras de Saramago. Aunque quisiéramos, no podemos ya subvertir el sentido moderno de la Historia crítica, a cuyo servicio, lo queramos o no, estamos los archiveros: comprender el pasado para transformar el futuro, no (permítaseme el juego de palabras) transformar el pasado para comprender el presente.

Archivos como el ARV o el ACA han conocido guerras, sublevaciones, cambios de régimen, de hábitos de la vida social. En cualquiera de estas convulsiones podrían haber perecido, pero han sobrevivido a todas ellas. En buena medida, lo han hecho gracias a la inercia de la costumbre, si bien tampoco hay que mitificar sus méritos. Es cierto que las tradiciones se respetan -como echaba en cara Clarín a los habitantes de su muy real Vetusta- sin conciencia de lo que se hace, sin fe ni entusiasmo, repetidas con mecánica igualdad, manteniendo esa tristeza ambiente que no tiene grandeza, que no se refiere a la suerte incierta de los muertos sino al aburrimiento seguro de los vivos. Es cierto. Sin embargo, bien conocían nuestros antepasados el valor de la tradición y de la costumbre. Se me viene a la cabeza, entre otros muchos casos, el del Archivo de la Gobernación de Valencia, que durante más de 150 años (entre 1707 y 1861) permaneció en su casa original, bajo la teórica custodia de un archivero, pero sin consignaciones para su mantenimiento, olvidado de todo y por todos. Y, a pesar de ello, se ha conservado con bastante integridad.

Pero, por lo general, es al amor por la Historia y a la pasión por la cultura, alimentada por unos pocos, a quien se debe el que muchos archivos nos hayan llegado hasta hoy. Porque de otro modo no hubieran podido perpetuarse y conservarse de generación en generación, en una cadena sin fin cuyo sentido último a todos escapa. No quiero por ello minimizar la importancia de la Autoridad ni de las leyes protectoras, sino hacer un elogio sentimental de los archivos y sus archiveros, por encima de visiones excesivamente tecnologistas. Yo creo que la de archivero es una profesión de ensoñadores. De individuos que se sumergen en un mundo que ya no existe y dedican sus afanes a reconstruirlo o a ayudar a que otros lo reconstruyan. Una tarea bien inútil, fuerza es reconocerlo. Por mucho que queramos adaptarnos a los tiempos, o que intentemos explicar lo importante que nos parece nuestra misión, es comprensible que se nos trate, por lo general, con una cierta displicencia. Es nuestro sino y cabe aceptarlo. Por eso ahora, al plantearnos nuestro futuro, yo abogo por una archivística romántica, menos árida, rígida, formalista y fundamentalista, y más amable o gentil, más valiente también, dispuesta a adentrarse, sin temor ni cortapisas, en el hondo corazón de la cultura y de la naturaleza humana, social e individual, y menos pendiente de revestirse de una retórica cientifista para ganarse el respeto de otras ciencias. En este punto, prefiero seguir las sencillas recomendaciones que hace casi medio siglo dirigía un destacado archivero, don Filemón Arribas Arranz, a los recién licenciados en Filosofía y Letras, para que supieran la conveniencia de recibir las novedades científicas, en este terreno, con cierta tranquilidad de espíritu, no dejándose arrebatar por el impulso juvenil ni por la aureola de las grandes empresas.

Por profesión y por vocación, me gusta referirme a realidades más concretas. A elevar menos el vuelo en mis disquisiciones o, si cabe, a ilustrarlas con hechos auténticos, palpitantes del pulso de la vida de los hombres, de los que tantos testimonios conservan nuestros archivos. Por ejemplo, es inevitable que acuda al de la Corona de Aragón, a un manuscrito que describe el entonces llamado Archivo Real de Barcelona en lo que constituye la guía de un archivo más antigua de España. Fue redactado por un tal Pere Benet, escribano destinado en el Archivo real de Barcelona a fines del siglo XVI, que firma y data su obra en 1601. El manuscrito ha sido objeto de un cuidado y delicioso artículo de Rafael Conde, publicado recientemente en la revista Lligall. No estaba destinado a la prensa, sino tan sólo a servir de ayuda a las siguientes generaciones de archiveros, a transmitir la sabiduría acumulada durante toda una vida de trabajo silencioso para facilitar el camino a sus sucesores. Apenas sabemos nada de su existencia, pero, a juzgar por sus escritos, ¡con qué sentimiento vivió su vida de estudio y entrega al archivo este oscuro y culto funcionario del siglo XVI cuyos días transcurrieron por parecidos afanes, parajes y documentos a los que vivimos hoy, cuatrocientos años más tarde! Pere Benet, tras describir el archivo, concluye la Brújula, como la llamó, con un elegante epílogo. Lo mejor será cederle a él la palabra, en la bella traducción preparada por Rafael Conde, quien tan amablemente nos ha permitido utilizarla. El epílogo dice así:

"Basten estas cosas sobre los entresijos de este real archivo, sus grandezas y sus miserias, para ilustrarlo; si rectamente las estudias y las encomiendas a la memoria, y llevas a término cuanto ha sido anotado, espero que sean tales que recojas de ellas abundantes frutos. En este caso te pido y te requiero que, como Cristo cuando dice al pobre: 'cuanto hagáis a uno de estos pequeños a mi me lo hacéis', te acuerdes de atribuirme una parte como los diezmos y primicias que por derecho divino se dan, no en miserables dineros (como comúnmente se hace), sino según la abundancia de la cosecha porque así, además de saldar tu deuda, conseguirás el céntuplo en esta vida y la gloria eterna en la otra. Haga Dios Óptimo Máximo que, acabada la esterilidad que con hambre y suciedad me afligió en su momento, los restos de humedad vuelvan fructífero este campo, y que llene a ti y a tus sucesores con sus frutos aunque sean acantos. Tú, escribano o sustituto del archivo, vigila, trabaja en todo ello y sé constante: deja lo que sea inútil y dedícate sólo a esto y procura aprender cuanto he dicho. ¡Ah, cuántas veces me arrancó de aquí Véspero y aquí me saludó Lucifer! ¿Crees que si me hubiera dedicado a ir de putas, a conciertos o a bailes y a otras distracciones mundanas hubiera podido estudiar esta inmensa mole de cosas? ¡Errarías! No es este archivo parejo a otras oficinas: basta en éstas ser buen calígrafo; aquí es preciso tener el instinto del hurón o del perro sagaz, es preciso tener la astucia del cazador. Tú también, archivero, si llegas a tenerla, haz por conservarla. Tienes aquí materia abundante para ocupar tu tiempo libre. No vagues ocioso ni te dediques a nimiedades, como Pere Miquel Carbonell que dejó sus huellas por todos lados con sus impertinentes y repetidas anotaciones, y desde querer hacer mucho a no hacer nada (hubiera sido mejor que hiciera índices alfabéticos) llevó una vida ajetreada como Marta. Y a pesar de que yo, buscando metales preciosos encontré más galena que oro o plata, no ceses tú de buscar: tal vez encuentres una vena de máxima calidad. Pero antes de acabar, quiero darte un aviso: no reveles ni en serio ni en broma a ningún amigo, profesional o personal, secreto alguno del archivo (...); tu trabajo debe ser sacudir con frecuencia el polvo que destruye los registros, matar las destructoras polillas y hacer que se mantenga el orden para evitar la destrucción y el desorden. Vale".

Aunque nuestro mundo apenas guarde semejanzas con el de Pere Benet, es fácil sentirnos todavía identificados con sus ruegos y consejos. Acaso podamos ver aún su sombra huidiza en el Palacio de los Virreyes de Barcelona, sede del ACA, que seguramente conoció, impregnada a los muros que fueron testigos mudos de sus pasos. Al traer a colación su memoria, al releerle o utilizar sus escritos, le devolvemos un soplo de vida. Si yo continúo en este profesión es porque, a estas alturas de la mía, sé que no soy ni seré un héroe, ni un santo, ni un sabio ni un poeta. Sé que la posteridad me está negada. Pero no renuncio a ella. Cuando el viento de la historia barra y hunda en el olvido la vanidad de los hombres, cuando en la memoria de los más viejos no quede rastro de los fuegos de artificios, de los fastos y de las fallas que se queman en la primavera orgiástica de los presupuestos públicos dedicados a la cultura, seguramente entonces algún curioso, sin duda ocioso, desempolvará los informes, memorias, memoriales, inventarios y catálogos que, en tantos archivos, se lanzan al peligroso piélago de la indiferencia. Y sé que ese día, como Pere Benet, al revivir por unos instantes al cabo de los siglos, habré ganado una batalla, una simple batalla, al olvido. Podré decir entonces, como Ausiàs March: "Per lo camí de mort é cercat vida".